

dicide á sufrirla. Los placeres que suelen procurar las satisfacciones de los apetitos sensuales, no hay duda que impelen al alma á dejarse avasallar de las pasiones; mas las enfermedades crueles y vergonzosas que son consecuencia infalible de esa clase de excesos; la pérdida del honor y estimación pública que originan; el hastío y saciedad que causan; el embrutecimiento y torpeza de las facultades intelectuales que ocasionan; lo agudo de los remordimientos que despedazan al culpable; y el temor de los castigos eternos, que serán su partija despues de esta vida corta y perecedera, son otros tantos retraentes del pecado en una alma racional, cristiana, y bien educada.

La inteligencia humana no puede por su limitación comprender todas las verdades con la simple institución ó vista de los objetos; le es necesario comparar una representación con otra para conocer la naturaleza ó propiedades de la nueva imagen que se ha presentado al entendimiento: otras veces no basta la confrontación de dos ideas entre sí para percibir su identidad ó disconveniencia; y es preciso ocurrir á compararlas con otra tercera; y en los mas de los casos es necesario emplear una serie de racionios para investigar la verdad que solicitamos aprender.

Así es que el entendimiento se ve obligado frecuentemente á verificar varias comparaciones sucesivas para obtener el resultado que apetece; y esto no puede hacerlo sin combinar sabia y metódicamente las diversas operaciones que intervienen y deben emplearse necesariamente en la invención de la verdad ignorada. Para conseguirlo será, pues, lo primero, descubrir las pruebas; segundo, colocarlas en un orden regular, claro y conveniente que haga sensible su concatenación y fuerza; tercero, percibir su conexión y enlace en cada parte de la educación; cuarto, sacar la justa y exacta conclusión de todo.

Las diferentes reglas que hemos sentado en la parte de Lógica que vulgarmente se llama método, no tienen otro objeto que amaestrear y dirigir el entendimiento en el uso ordenado de sus operaciones para encontrar la verdad.

LECCION V.

DE LA MEMORIA.

“Conozco todos los cuerpos del universo, dice el célebre arzobispo de Cambray, que han herido mis sentidos durante un gran número de años: conservo imágenes distintas que me los representan, de manera que creo verlos aún, cuando no existen. Estas imágenes se presentan y retiran á mi voluntad, sin confundirse unas con otras: las llamo, y acuden á mi llamado; las despido, y se ocultan no sé dónde: se reúnen ó se separan como yo lo quiero. Ignoro dónde existen y lo que son; sin embargo las encuentro siempre prestas á mis mandatos. La agitación de tantas imágenes antiguas y nuevas que se reproducen, se unen, ó se separan, no perturba el orden que guardan entre sí: si alguna no se presenta á la primera orden, estoy seguro que no está distante; se encontrará oculta en algun rincón profundo. No las ignoro como las cosas que nunca he conocido; por el contrario, sé confusamente lo que busco: si se presenta otra imagen que la que he llamado, la envío sin titubear, diciéndole, no eres tú la que desco ver. ¿Dónde están estas imágenes medio olvidadas? Están presentes dentro de mí; pues en mí las solicito y las encuentro. Pero ¿cómo se hallan en mi interior, pues las busco en vano muchas veces? ¿dónde se van? Semejante profundidad nos admira: me acuerdo distintamente de haber conocido, lo que no conocía en lo sucesivo; me acuerdo de mi mismo olvido: llamo á la memoria el retrato de cada per-

sona en las diferentes épocas de su vida: junto lo que ha dejado de ser, con lo que existe todovía, sin confundir extremos tan distantes. Conservo un no sé qué, que es á la vez todas las cosas que he conocido desde que vine al mundo."

Dos sistemas ingeniosos se han inventado para explicar los fenómenos que ofrece la memoria. El uno considera el cerebro como un depósito inmenso en que se conservan todas las imágenes sensibles de los objetos, que sirvieron para la producción de las ideas: el otro atribuye al alma la facultad de reproducir los movimientos de las fibras cerebrales que se emplearon en la formación de las imágenes ó sensaciones internas: filósofo ha habido, que olvidando que el alma al salir de las manos de su Criador quedó ya dotada de la facultad de reproducir sus conocimientos; asigna por causa física de la memoria la flexibilidad de las fibras del cerebro. Excusado nos parece detenernos á examinar el mecanismo de que se sirve el alma para la reproducción de las ideas: porque todos los sistemas inventados padecen dificultades invencibles; y porque el conocerlo depende de saber el modo con que el espíritu influye en el cuerpo, lo que hemos confesado ingenuamente no estar á nuestro alcance.

En los actos propios de la memoria intervienen, 1.º el entendimiento que de nuevo percibe los objetos: 2.º la voluntad que desea reproducir los conocimientos adquiridos: 3.º la imaginación que reitera la representación de que procedieron las ideas: 4.º el cerebro que sirve de instrumento á la potencia imaginativa para la producción de las imágenes que hacen de *tipo* de las ideas. Algunas veces la voluntad no determina la reiteración de las operaciones intelectuales; antes bien, á pesar de ella recordamos objetos que quisiéramos sepultar en perpetuo olvido: otras, deseamos vivamente traer de nuevo á la memoria algun hecho, ó reproducir los co-

nocimientos adquiridos, y nuestros esfuerzos son vanos é infructuosos. Hay edad en que se retiene fácilmente cuanto se percibe; y otras en que se olvida hasta lo que acaba de pasar: las enfermedades producen igual efecto, cualquiera que sea la edad del paciente cuando atacan el cerebro: algunos aprenden con facilidad, y con la misma olvidan; otros aprenden con trabajo; pero lo que han sabido una vez, jamas se borra de su memoria. Hay quienes solo retienen la sustancia de las cosas; otros hasta las palabras: unos conservan un exacto recuerdo de las localidades; otros nunca olvidan el sonido y modulación de la voz de las personas con quienes alguna vez han hablado.

Confunden los filósofos la imaginación con la memoria. La imaginación reproduce los signos y las circunstancias de los objetos; la memoria reitera las percepciones: cuando esta reproducción es acompañada de la reflexión de haber existido las ideas en el alma, se llama *reminiscencia*.

La relación ó dependencia que las ideas tienen entre sí, sirve en gran manera á recordarlas; porque la reproducción de una trae consigo la reminiscencia de la inmediata, y así sucesivamente, á la manera del que logra asir el primer eslabon de una cadena, que facilmente puede apoderarse de toda ella: por esto no experimentamos dificultad en acordarnos de lo que hacemos habitualmente, porque á poco trabajo encontramos un hecho á que se refieren todos los demas.

Esta relación de las ideas nos es conocida unas veces por la fuerte impresión que algun objeto ha hecho en nuestra alma; otras por la atención con que los haya considerado. Los objetos atraen nuestra atención por la relación que tienen con nuestro temperamento, inclinaciones, goces, dolores, penas, necesidades, ó el estado de nuestra constitución física ó moral al percibirlos. El temperamento nos

hace familiar y por consiguiente de fácil recuerdo lo que le es análogo, y nos mantiene en perpetua repugnancia de lo que se le opone: las inclinaciones siempre se refieren á un objeto determinado; y por eso basta reflexionar sobre ellas para traer á la memoria el objeto á que se dirigian: los placeres, y mas todavia las penas y los dolores hacen tan fuerte impresion en el alma, que la huella que han impreso se borra con dificultad, y mantiene indeleble la representacion de los objetos que los causaron: las necesidades suponen la idea de lo que ha servido para aliviarlas; á esta idea está anexa la del lugar en que se encontró; á ésta la de las personas que se vieron en ese lugar; y á esta serie de ideas relativas se unen las de los placeres que se experimentaron en la satisfaccion de las necesidades: las diversas situaciones de nuestra vida están de suerte eslabonadas, que la presente es resultado de la anterior, ésta de la que le precede, y así en un orden ascendente y retrógado; por esto con solo reflexionar sobre una de ellas, podremos excitar las percepciones que se refieran á los objetos que veremos recordar.

Quando los objetos atraen nuestra atencion, las percepciones que ocasionan se unen con el sentimiento de nuestro sér, y con lo que á él se refiere. De aquí es que la conciencia ó sentido íntimo no solo nos da conocimiento de las percepciones que se reciben en el alma, sino tambien nos advierte cuáles hemos tenido ya, cuándo se repiten, y que todas ellas no obstante su variedad, modifican y afectan este sér único, espiritual é indivisible que constantemente es el mismo yo. Sin el recuerdo de las percepciones, y de las ideas que han modificado nuestra alma, cada momento de la vida talvez nos parecería el primero de nuestra existencia, y nuestro conocimiento no abrazaria mas que la última percepcion: destruyase la relacion que une

esas diversas ideas y percepciones, y ya no podrá reconocerse si lo que me ha acontecido ayer, me ha pasado á mí mismo.

Una grande inteligencia constituye un hombre superior; la conservacion de muchos y variados conocimientos forma un sabio; la reunion del saber y la inteligencia es un prodigio: la falta absoluta de memoria nos acerca á la fatuidéz. La reminiscencia de los conocimientos adquiridos, como quiera que no es otra cosa que la reproduccion concienzuda de las operaciones intelectuales, no puede darse sino en una sustancia espiritual y pensadora.

LECCION VI.

DE LA VOLUNTAD DEL HOMBRE.

“Voluntad es la facultad con que el alma quiere lo bueno, y se aparta de lo malo, segun le propone los objetos el entendimiento.” “Actos voluntarios son los que proceden de un principio interior, ó sea de nosotros mismos, con conocimiento de lo que hacemos.” “Actos libres son los que hacemos con atencion y reflexion, por eleccion y con motivo para hacerlos, y con verdadero poder para resistir á ese motivo, y efectuar lo contrario.”

La voluntad es activa, esto es, obra por sí misma: de esto estamos convencidos por el sentimiento interior, que es la mas invencible de todas las pruebas. No es, pues, el poder de recibir de otro agente las inclinaciones, determinaciones y voliciones, sino la potencia de producirlas; el sentido íntimo nos hace distinguir muy claramente los casos en que obramos de aquellos en que estamos puramente pasivos.

Confúndense á menudo las inclinaciones sensibles, con las determinaciones, ó actos de la voluntad: lo deleitable comunicado al alma por los sentidos puede inclinarla á abrazarlo ó acojerlo; pero

la voluntad puede sobreponerse á ese deseo, y decidirse por lo que parezca menos agradable. A cada paso deseamos cosas de que nos apartamos con plena deliberacion de la voluntad: un hombre abrasado de calor despues de un paseo violento, apetece vivamente el agua; se abstiene no obstante de tomarla, conociendo el daño que causaria á su salud, gustarla en ese estado de agitacion. Los deseos cuando no son consentidos por el alma, no son mas que afecciones pasivas del espíritu: el acto de querer ó aborrecer procede de nuestra propia determinacion, y de una facultad esencialmente activa.

La voluntad abraza el bien, porque quiere la perfeccion de su ser: no se inclina sin motivos, porque es una potencia de un ser, que no obra sino por razon, y el motivo es la razon de amar ó aborrecer; pero el motivo no necesita á la voluntad á elegir ó repudiar los objetos, porque está en su arbitrio hacer que el entendimiento los considere bajo una faz diversa de aquella con que se los han presentado las sensaciones ó las ideas.

La voluntad no solo emplea el entendimiento en la consideracion de los varios aspectos de las cosas; obligalo á veces á reiterar y multiplicar sus operaciones para conceder ó negar su ascenso á la enunciacion de las ideas y de los juicios. Sin la atencion reflexiva á las operaciones intelectuales, obra procedente de la voluntad, la verdad nunca se ofrecerá al entendimiento con la claridad y evidencia que arrebatá el ascenso. Mas hace todavia: prescribe al entendimiento el objeto en que ha de ejercer sus investigaciones; y le determina la ciencia cuyos arcanos ha de penetrar. ¡Cuántos hombres han alcanzado la sabiduria por la perseverante decision de la voluntad en vencer los obstáculos que suelen oponerse á la adquisicion de conocimientos extensos y sublimes!

Pero en lo que resplandece sobre todo el poder

de la voluntad, es en el imperio sin límites que se ejerce sobre el cuerpo que le está subordinado.

“Mi simple voluntad sin esfuerzo, ni preparacion, dice el ilustre arzobispo de Cambray, hace mover repentina é inmediatamente todos los miembros del cuerpo, segun las reglas de mecánica. Como la Escritura nos representa á Dios, que despues de la creacion del universo dijo: “*Hágase la luz, y la luz fué hecha;*” así tambien la sola palabra interior de mi alma, sin esfuerzo ni preparacion hace lo que dice. Yo digo en mí mismo por esta palabra tan interior, tan simple, tan instantánea que “*mi cuerpo se mueva;*” y mi cuerpo se mueve. A esta simple é íntima voluntad todas las partes de mi cuerpo se ponen en accion; los nervios se estiran; los resortes se apresuran á concurrir; y toda la máquina obedece, como si cada uno de sus órganos oyese una voz soberana y omnipotente.”

El hombre ignora ciertamente la economia con que se producen estos misteriosos movimientos: el que le ha dado la facultad de producirlos, se ha reservado el conocimiento del modo con que en el cuerpo influye el alma; pero no por eso deja de ser cierto que los causa á su voluntad, y los dirige á su placer. “Hay cosas en el órden natural, hemos dicho en Lógica, que no podemos comprender; y sin embargo nos consta que son ciertas y verdaderas.” “No se debe negar lo que es claro y evidente, porque no se pueda comprender lo que es oscuro.”

Dicese que la voluntad es una potencia ciega. ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso que la facultad de querer, no es la facultad de conocer? Esto es verdad; pero nunca será cierto que la voluntad ejerza sus operaciones sin conocimiento de lo que hace. ¿Puede amarse lo que no se conoce? La deliberacion, la eleccion, pueden ni aun concebirse sin la previa inteligencia de los motivos que inclinan ó retraen de amar, y sin conocerse los extremos entre

que se ha de elegir? ¿El crimen sería merecedor de castigo sin que á su perpetracion precediese la deliberacion del ánimo? El abuso de los términos, especialmente en materias morales, suele acarrear resultados de la mas grave trascendencia: quien quiere ó aborrece es el alma, así como el alma es la que siente, percibe, juzga, ratiocina y recuerda. En la consideracion de los actos de este principio activo de nuestras operaciones, jamas puede ni debe prescindirse de que todas ellas proceden de un ser cuya naturaleza consiste en el sublime atributo de la razon é inteligencia.

LECCION VII.

DEL LIBRE ALBEDRÍO.

Los que no atribuyen al alma otra facultad que la de sentir, y todo lo quieren explicar por las sensaciones corpóreas, no pueden, si hablan con franqueza, ser partidarios de la libertad humana; pues es imposible conciliar un sistema en que el espíritu se tiene en un estado meramente pasivo, con la libre elección de objetos, y con la deliberacion solemne y espontánea que constituye el carácter propio de las determinaciones de la voluntad.

Si hay un sentimiento universal y profundamente grabado en el corazon del hombre es, el de que existe en nosotros un principio activo capaz de deliberar, elegir, y determinarse; y de que no somos máquinas movidas por resortes; ni plantas que crecen, se dilatan y vegetan por leyes físicas; ni brutos á quien dirige un instinto ciego é indeliberado.

“Me es necesario por ventura, dice S. Agustin, escudriñar libros ocultos, para saber que ninguno es digno de vituperio ni de castigo, que solo quiera lo que la justicia permite querer, y no haga lo que no puede hacer? ¿No cantan esto los pastores en

los montes, los poetas en los teatros, los indoctos en sus conversaciones, los doctos en las bibliotecas, los maestros en las aulas, y todo el linage humano en el orbe de las tierras?” Por poco que nos examinemos, á nosotros mismos descubriremos que de la misma suerte que el alma se conoce y reflexiona sobre sus operaciones; así tambien siente que es libre y señora de sí misma. Cuando hablo, siento que puedo estar callado; cuando camino, conozco que con solo querer puedo conservar me en un lugar; guardo un secreto; pudiendo revelarlo; y opero, pudiendo no obrar. Si esta libertad fuese una ilusion, ¿la sentiria? ¿la nada puede sentirse? Para persuadirse con evidencia de nuestra libertad, dice el elocuente obispo de Meaux, es conveniente hacer la prueba en las cosas en que no existe razon alguna que nos incline á un lado mas bien que á otro. Yo siento por ejemplo que levantando mi mano puedo conservar la inmóvil, ó darla movimiento; y que resolviéndome á moverla, puedo hacerla á la derecha ó á la izquierda con la misma facilidad: porque la naturaleza de tal manera ha dispuesto los órganos del movimiento, que no se experimenta mas trabajo ó placer en una que en otra de estas operaciones; de suerte que mientras mas seriamente considero lo que me inclina mas bien á la una que á la otra, con mas claridad siento que mi voluntad es lo que me determina á ello, sin que pueda encontrar otra alguna razon. Al elegir un movimiento mas bien que otro, siento que hago uso de mi libertad; en hacerlo, percibo sin duda un placer; y quizá por el placer que experimento en elegir con libertad, es por lo que me resuelvo á elegir. Pero si disfruto placer en usar de la libertad, es evidente que siento esa libertad, pues lo que no se siente, no causa deleite. Encontrada una accion que proceda de este principio de libertad, debe concluirse que del mismo principio diman-

nan todas, aun aquellas en que la pasion no deja percibir con claridad la raiz de donde nacen.

Todos los hombres sienten en sí mismos esta libertad: todos los idiomas tienen palabras muy claras y precisas con que explicarla; todos distinguimos lo que existe en nosotros, lo que está en nuestra potestad y se deja á nuestra eleccion, de lo que no nos es permitido decidir. Tenemos una idea muy clara y una nocion muy distinta de la libertad de que hablamos; luego esta nocion es verdadera; luego es cierto lo que representa; porque "todo lo que percibimos clara y distintamente es verdadero."

Cuando incurrimos en alguna falta, sentimos pesar de haberla cometido: el dolor intrínseco que por ello experimentamos, es diverso del que se sufre con la violencia de un cólico, y del que se siente con la pérdida de los bienes. Este dolor es lo que se llama arrepentimiento, y procede del conocimiento de la perpetracion de un mal que pudimos evitar, y que solo ha acontecido por falta nuestra, lo que nos hace comprender que hemos sido libres para hacerlo ó no, y que si nos decidimos por el mal, no debemos imputarlo mas que á nosotros mismos.

La prueba de que este reclamo de la conciencia es una consecuencia de la plena deliberacion con que se hace el mal es, que jamas se experimenta en las acciones independientes de nuestra voluntad. ¿Quién se acusa á sí mismo de la invasion de enfermedades á que no ha dado causa ni motivo? ¿á quién ha reprendido la conciencia porque carezca de hermosura y de otros dotes del cuerpo?

La obligacion que creemos tener de deliberar y consultar dentro de nosotros mismos cuando tenemos que decidirnos por uno de los extremos en cosas que interesan nuestra felicidad, es otra prueba demostrativa de la libertad de nuestra eleccion; porque jamas deliberamos sobre cosas, que estamos persuadidos han de acontecer necesariamente con

independencia de nuestra voluntad, tales como el crecer en edad, morir y otras semejantes: en esto nos dejamos conducir por el curso ordinario de los sucesos; y sin duda obraríamos del mismo modo en todas las circunstancias que se presentan, si la experiencia y el sentimiento interior no nos advirtiesen de consuno que hay cosas que dependen de nuestra libre eleccion y determinacion, y que por lo mismo debemos pensar detenidamente antes de decidirnos.

Aunque las determinaciones de la voluntad dependan de las ideas; muchas de las ideas procedan de las sensaciones, y el alma no sea siempre libre para sentir ó no las impresiones de los objetos corpóreos; no por eso deberá decirse que obra necesariamente. Porque el alma no solo siente; obra tambien y delibera; goza del poder de sustraer los órganos del sentido á las impresiones que actualmente los hieren; de la facultad de analizar esas mismas sensaciones; de abrazar ó repudiar el sentimiento interior que despiertan; de valorar, comparar y combinar las ideas que producen; de disponer los órganos y miembros de su cuerpo á recibir otra clase de sensaciones; y de prescribir al entendimiento el que considere los objetos bajo un aspecto distinto de aquel con que lo presentan los sentidos. El terror que inspira la proximidad de la muerte, puede hacer temblar á un guerrero al principio del combate; pero escucha la voz del honor y de sus deberes, y marcha intrépido á desafiar los peligros. Así tambien nos separamos de un concierto que nos embelesa para entregarnos á ocupaciones que nos incumben por nuestro empleo ó por las obligaciones de nuestro estado.

"La educacion, el buen ejemplo, dice uno de los hombres mas elocuentes de la época, la razon, y sobre todo la religion, pueden hacer al hombre superior á la violencia de las inclinaciones y de la

costumbre. No es el hombre cual un árbol que si se inclina á un lado, no vuelve á enderezarse por sí mismo. No es arrastrado por el poderío de las causas físicas; porque está animado de un principio intrínseco de actividad, de una fuerza de razon y de voluntad, superior á todo atractivo y á los obstáculos que pueden presentarse. ¡Cuántos voluptuosos no hemos visto, que á pesar de la impresion de los hábitos mas envejecidos salen de la molicie, y se vuelven virtuosos y templados! ¡Cuánto hace brillar este prodigioso cambio de conducta la libertad del hombre, y el imperio del alma sobre las impresiones de los sentidos! Nace Agustino con un entendimiento vivo, y un corazon naturalmente tierno; entrégase á monstruosos errores y se enagena en los placeres sensuales; pero pensamientos mas graves comienzan á hacerlo avergonzar de sus errores; combate, triunfa del hábito del orgullo y de la sensualidad; vuelve á la virtud, y por ella al goce de la verdadera libertad.

LECCION VIII.

FIN QUE DIOS SE PROPUSO DOTANDO AL HOMBRE DE LAS FACULTADES INTELLECTUALES.

Los que no admiten en el hombre mas facultad que la de sentir, no es de extrañar que lo confundan con los animales, que intenten explicar sus funciones por el mecanismo de sus órganos, y sus operaciones por el instinto; la voluntad no será en su sistema mas que un apetito sensitivo; la libertad de las acciones una quimera; lo justo y lo injusto se referirá al sentimiento de las necesidades y modo de satisfacerlas de cada individuo; la absurda y desconsoladora idea de la materialidad del alma se ofrecerá como consecuencia de esos falsos principios; se desconocerá la Providencia que rige y go-

bierna el universo con una sabiduria y bondad inefable; y el *egoismo*, esa pasión de los seres abyectos y apocados, será el móvil de las acciones de los individuos.

Pero, no. Dios al criar el linage humano dijo que *“no era bueno que el hombre estuviese solo,”* y lo bendijo para que *“creciese y se multiplicase sobre la faz de la tierra;”* *“lo enriqueció con la sabiduria y el entendimiento,”* *“para que supiese elegir el bien y reprobar lo malo,”* como dice la Escritura Santa; le dió el estímulo de la conciencia que lo impeliese á obrar bien separándolo de las vias de la iniquidad; y enseñándole que despues de esta vida de llanto y de miserias hay otra en que se recibirá el galardón de las buenas obras y el castigo de las malas, nos propone su santidad como modelo de imitacion, y se nos ofrece á sí mismo como merced y recompensa.

El hombre ha sido criado para vivir con sus semejantes. Dios lo ha dotado de órganos que solo pueden serle útiles para comunicarse con otros hombres: el órgano de la voz es relativo al del oído; es inútil hablar si no hay quien nos escuche. Las necesidades, inseparables de la naturaleza humana, son vínculo de la sociedad, porque la mayor parte de ellas no puede satisfacerse sin el auxilio de otros seres de nuestra especie con quienes vivamos unidos. Los niños perecerian al nacer si careciesen de los cuidados maternas: el hombre en su edad madura no podria por sí solo atender á procurar el alimento, el vestido, la habitacion: es necesario que al cultivar la tierra, otros se empleen en condimentar su comida, en pastorear los rebaños, en hilar y tejer la lana, el algodón y el lino para sus vestidos, en acopiar materiales y construir los edificios: enfermo, pereceria por falta de asistencia, alimentos y medicinas. Ni es preciso que viva solo; basta que sean pocos sus compañeros para que sufra privaciones sin medida: las tribus del